

Dedicatoria

El amor por los niños, unido a una sensibilidad hacia las verdades más profundas de la vida, permitió a los autores de estos relatos expresar de forma atractiva muchas facetas de la sabiduría de la Naturaleza. A estos amigos dedicamos con gratitud *Cuentos de la Era de Acuario para Niños*.

Muchos niños y niñas conocen a los "seres pequeños" y otras fuerzas de la Naturaleza mencionadas en estos relatos. Esperamos que muchos otros se animen a conocerlas a través de la lectura de este pequeño libro.

--1951

La Pequeña Princesa Coja por Matilda Fancher

Érase una vez, no hace muchos años, una niña que se llamaba Emaline. Sus amigos y los niños del barrio la llamaban la princesita coja.

La diminuta cabaña donde vivía estaba rodeada por un césped verde, y alegres flores bordeaban el paseo en verano. En un rincón del patio había un gran olmo.

Todos los días, Emaline se sentaba junto a una amplia ventana desde donde podía ver las flores del jardín, la gente que pasaba por la calle y los pájaros que construían sus nidos en el gran olmo.

Aunque esta pequeña no podía caminar, muchas fueron las alegrías que le embargaron al ver pasar a los niños camino a la escuela o a jugar. Todos la conocían y la amaban, y nunca dejaban de saludar con la mano al pasar, o de detenerse cuando tenían tiempo para hablar unos minutos y compartir con ella sus flores, dulces o lo que tuvieran.

Así que Emaline estaba muy contenta, y grande era su alegría cuando los pájaros venían a recoger las migajas que ella esparció en el alféizar de la ventana.

Afuera de su ventana había una caja donde había plantado pequeñas semillas que su madre le había dado, y gracias al amoroso cuidado que les había brindado, ahora eran una masa de hermosos colores. Su fragancia era una fuente de placer continuo para Emaline.

Cómo amaba a estos encantadores amigos que asentían con la cabeza en la brisa y parecían estar siempre sonriéndole.

En una mesita cercana había libros de cuentos de hadas y aventuras. Muchas fueron las agradables horas que pasó la princesita coja en el país de las hadas, donde todo era brillante y encantador.

A su lado, en una silla, casi siempre se podía encontrar un gran gato amarillo acurrucado dormido. Le encantaba que Emaline le alisara el pelaje y demostraba su placer ronroneando fuerte y extendiendo las garras, empujando primero con un pie y luego con el otro el cojín sobre el que yacía. Emaline explicó que él estaba tocando el órgano para ella.

Pero a pesar de todas estas cosas que ayudaban a alegrar su vida, Emaline se inquietaba y anhelaba intensamente caminar, correr y saltar como veía hacer a otros niños todos los días. Entonces se entristecía y le preguntaba a su madre con nostalgia: "¿Por qué soy así, madre? ¿Por qué Dios me castiga así?"

"Querida, no debes pensar que Dios te castiga", respondía su madre mientras se acercaba y se arrodillaba a su lado, poniendo sus fuertes brazos suavemente alrededor de la frágil forma para consolarla. "No sé por qué eres así, pero Dios es demasiado bueno para castigar, y en Su gran sabiduría Él sabe lo que es mejor para nosotros". Ante esto la niña suspiraba, deseando tener la fe de su madre y que Dios le mostrara la razón de su cojera. Había sido un hermoso día de junio, y Emaline había estado deseando todo el día poder caminar sobre la hierba verde y fresca, y poder trepar al olmo para ver los pájaros jóvenes que sabía que debían estar allí. A medida que el sol se hundía detrás de las lejanas colinas y las sombras comenzaban a rondarla, se puso muy inquieta y desconsolada porque se le había negado el gran privilegio de caminar.

Después de que su madre la hubiera arropado entre las frescas sábanas, se quedó pensativa durante mucho tiempo. Finalmente oró con toda su alma en su oración para que algún día pudiera caminar. Si Dios le mostrara por qué era una inválida, sería más feliz, pensó.

Emaline no sabía cuánto tiempo había estado dormida cuando escuchó una voz que decía: "Ven conmigo y te mostraré". Ni siquiera se sorprendió cuando una figura de blanco la tomó de la mano y se deslizaron rápidamente sobre colinas y valles como si volaran, hasta que llegaron a un hermoso palacio blanco rodeado de altos muros de piedra.

Aquí es donde una vez viviste", dijo el compañero de Emaline.

"Ella debe saberlo", pensó Emaline, por lo que no dijo nada, pero miró con asombro la escena a su alrededor.

Una niña pequeña estaba jugando en los escalones de mármol que conducían al palacio y, mientras miraban, un sirviente llegó y llevó a la niña al palacio.

Los siguieron, ya Emaline le pareció extraño que nadie notara su presencia. Dentro había elegantes damas y caballeros y una grandiosidad en el mobiliario como nunca había visto la princesita coja.

En ese momento, la niña se vistió para la calle, y con el sirviente caminó y entró en el carruaje, que había sido conducido hasta la puerta. El conductor hizo restallar el látigo y se alejaron.

"Entonces ella crece hasta convertirse en mujer, la 'querida' mimada de los ricos", explicó la guía de Emaline. "¡Mírala como una mujer!"